

HIPÓLITO

Por Juan Pablo Broin

Todo un pueblo fue tremendamente afectado por el desborde de un río. La inundación destruyó casas, animales, plantas y lo peor, solo un hombre sobrevivió. Hipólito era su nombre. El único sobreviviente a la catástrofe era de fe cristiana; se congregaba en un humilde templo que había sido también arrasado por el agua.

Hipólito fue rescatado vivo sobre una improvisada balsa horas antes de morir de hambre. El helicóptero del ejército lo llevó a un lugar seco y su historia allí empezó a ser conocida. A cuantos podía, le hablaba de la hazaña y de la bendición de ser el único sobreviviente de la tragedia... la noticia recorrió el país, y luego, periodistas del mundo venían a conocer su historia.

“Dios me rescató y fui el único sobreviviente de la inundación”- testificada a todos. Hipólito salió del anonimato. Ahora era popular y de todos lados era invitado a contar ese testimonio tanto a creyentes como a público secular. Y todos los que le oían quedaban asombrados y encantados por su experiencia. Contó la anécdota en templos, en teatros y hasta delante de estadios repletos de personas que agradecían a Dios por su proeza. Así llegó a ser un con su historia, uno de los oradores más importantes de su tiempo.

El error fue que Hipólito no supo manejar esa popularidad y se enamoró de ella. Se llenó su corazón de orgullo hasta el punto que era bien evidente la gloria que abrazada de los aplausos sin querer compartirla con Dios. Se sintió el más grande de los predicadores y el más prestigioso de los humanos por la supervivencia.

Pero un día murió. Ya casi cansado de haber contado su novela de vida a millones de alma, ahora llegaba al cielo y era recibido por Dios a quién le agradece por haberlo salvado. Y tuvo un deseo; en confianza con Dios, le pide una oportunidad mas para contar su historia delante de una multitud ahora ya en las alturas.

Dios no lo consideró mala idea así que dispuso de un ángel para que le ayudara a Hipólito en la organización del evento. Todos los ángeles y creyentes se congregaron frente a un gran escenario donde subiría y contaría por última vez su impactante testimonio. Era la convocatoria nunca antes vista. La plataforma, las luces y el sonido más potente e imponente que existiera. Todo estaba preparado.

Entonces el ángel se acerca a Hipólito y le dice:

- Ya está todo preparado.

Cuando se disponía a subir al escenario, balbuceó sobre lo grande de su testimonio. Se paró ante la enorme multitud atenta a sus palabras pero antes de que comenzara a hablar, se le acercó el asistente que le dijo al oído:

- Hipólito, haber sido el único sobreviviente de la inundación es un lindo testimonio... pero tienes que saber que entre toda esa multitud, también está Noe y su familia.

Hipólito tragó saliva.

A ti, Hipólito, no te equivoques. No confundas el éxito en tu vida con la popularidad. El mayor prestigio divino es el que se gana en la humildad y en un testimonio que enseñe a otros.

Si consideras que el aplauso de la multitud es el resultado de la cima de tu ministerio, te animo a que cambies de pensamiento. Serás exitoso en la simpleza, la humildad y en cada oportunidad que agaches la cabeza para que solo Papá se lleve toda la gloria en lo que hagas. Solo Él.

En el reino hay lugar para los populares pero también para los que en el anonimato, sirven con el gozo y la convicción de que la verdadera recompensa es la que viene de arriba. Los anónimos son los que no necesitan escenarios ni grandes plataformas para impactar a sus pares, son los que se alegran ganando a un amigo para Dios o los que una y otra vez se esfuerzan para dar lo mejor.

Una perla preciosa cada ministro popular y cada ministerio multitudinario, pero valen también de igual las gemas anónimas que misionan en Africa, que tocan una pandereta para alabar a Dios, que motivan a sus pequeños grupos de jóvenes, y los que levantan los papeles de caramelos luego que termine una reunión para dar limpieza a sus templos.

No tienes que llenar estadios ni ser invitado a predicar en diferentes iglesias cada fin de semana para darte cuenta de que Dios te usa. Ni mucho menos necesitas imitar a los populares predicadores o músicos para

HIPÓLITO

demostrar que eres ungido. Solo sé como tienes que ser, como Dios quiere que seas. Si con humildad cantas o hablas de Cristo a un amigo, tienes el mismo brillo que aquel que por gracia lleva a miles de a una sola vez.

Puede que tu ministerio llegue a ser reconocido por miles de personas; pero mucho mas valioso que eso es que lo sea reconocido por Dios. Si tiene Su aval, tu anonimato vale y tendrás Su recompensa. Claro que no tienes que conformarte con lo poco... no, y mas porque tu Dios es un Dios de cosas grandes, pero tienes que saber que esa grandeza vale solo cuando Dios es quien respalda.

Lo que tu haces para Dios no es más importante que lo que otros hagan. Tu ministerio no es el mas exitoso ni el mas usado por Dios. Tu no eres ni el mejor líder ni el mejor músico. No eres indispensable pero sí, necesario. Eres un instrumento más de los que Dios quiere y usa grandemente. "Considera siempre a tu par como superior a ti"- aconsejó Pablo que tenía bien en claro el asunto.